

docu men tos

INAUGURACION DEL AÑO
ACADEMICO 1976

5

UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Documentos

INAUGURACION DEL AÑO ACADEMICO 1976

RECTORIA
Universidad Católica de Chile

Editado por la Rectoría
de la Universidad Católica de Chile

Impreso en los Talleres de la Imprenta de la
Universidad Católica de Chile

Abril, 1976

Reproducción autorizada.

INTRODUCCION

El día 6 de abril se realizó en el Aula Magna del Campus San Joaquín, el Acto de Inauguración del Año Académico 1976. Este acto se inició con una misa celebrada por el Pro Gran Canciller de la Universidad, Monseñor Jorge Medina Estevez; a continuación hicieron uso de la palabra el Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile, Miguel Allamand, y el Rector, Sr. Jorge Swett Madge. Por último, el profesor doctor Juan de Dios Vial Correa dictó una clase magistral, en la que se refirió al significado de la ciencia para la Universidad.

Tanto la homilía de Monseñor Jorge Medina, como los discursos del presidente de FEUC y del Rector y la clase magistral del profesor Juan de Dios Vial tienen importancia porque son indicativos del pensamiento de la Universidad de hoy.

En este documento se entregan las versiones completas de estas cuatro presentaciones, que constituyeron dicho Acto, considerando su valor académico y la relevancia que para los claustros de la Universidad Católica seguramente tendrán estas intervenciones.

INDICE

	<u>Pág.</u>
Introducción	5
Homilía del Pro-Gran Canciller, Monseñor Jorge Medina Estevez	9
Discurso del Rector, Dn. Jorge Swett Madge	16
Discurso del Presidente de FEUC, Sr. Miguel Allamand Zabala	25
Clase Magistral del Profesor Doctor Juan de Dios Vial Correa	27

HOMILIA DEL PRO GRAN CANCELLER, MONSEÑOR JORGE MEDINA ESTEVEZ

La liturgia de este martes de la quinta semana de Cuaresma nos ofrece dos lecturas bíblicas que, a primera vista, pudieran parecer tal vez desconcertantes. Ustedes han escuchado el misterioso episodio del pueblo judío atacado por serpientes venenosas durante su peregrinación por el desierto, y el inesperado remedio enviado por Dios: volver la mirada hacia una serpiente de bronce puesta en un estandarte. Y luego, en el Santo Evangelio, el relato de una disputa de Jesús con judíos de su tiempo, cuyo tenso diálogo se cierra con el anuncio de que cuando Él sea levantado, entonces sabrán quién es. Hay un paralelismo profundo entre ambos textos: en ambos hay un Dios rechazado; en ambos, una amenaza de muerte como consecuencia del rechazo; en ambos un remedio: volver los ojos hacia una fuente de salvación. Esta enseñanza merece nuestra atención de cristianos y debe provocar un análisis de nuestra actitud vital. Hoy sigue habiendo rechazo, muerte y salvación. Y es preciso que nuestra comunidad universitaria, que como institución profesa sin temor su catolicidad, reflexione al unísono con lo que todos los católicos del mundo que han participado hoy en la Eucaristía, han escuchado y meditado.

Miremos los símbolos y penetremos la realidad.

1. El Rechazo

Fue el gran reproche que Dios hizo a Israel. Hablando a lo humano, Dios se sintió una y mil veces pospuesto por el pueblo que El había sacado de la opresión de Egipto: los israelitas dieron sobradas pruebas que Dios no era para ellos lo más importante. Lo olvidaron, lo rebajaron al nivel de otros intereses, lo trataron con mezquindad. Incluso adoraron ídolos, obra de manos de hombres.

Hoy los signos de rechazo de Dios no son escasos.

- Tal vez por primera vez en la historia de la humanidad el ateísmo ha hecho su aparición como fenómeno masivo.
- Aun entre los que se dicen creyentes, la fe es débil y la indiferencia religiosa es frecuente.
- En múltiples aspectos se menosprecia la dignidad del hombre, olvidando trágicamente que detrás del rostro de cada ser humano está Jesucristo, y es El quien recibe en definitiva el respeto o la befa.
- La violencia pareciera ser para muchos un sinónimo de eficacia, y la sociedad se encuentra inerme ante esta nueva forma de barbarie, cuyo saldo en víctimas inocentes desafía cínicamente las declaraciones de los derechos humanos.
- Hoy se generaliza un modo de pensar que justifica cualquier medio o acción con tal que sea eficaz para lograr una finalidad que se estima justa, como si fuera lícito obtener un bien al precio de realizar un mal.
- La familia sufre un serio embate. Se producen las más ingeniosas argumentaciones para justificar la destrucción del vínculo matrimonial. Increíbles complicidades favorecen deslealtades de las que nadie quisiera ser víctima, y de las que, sin embargo, se hace víctima a otros, con frívolas justificaciones. Hoy se considera un progreso social la introducción del divorcio en la legislación.

- Asistimos a un proceso vergonzoso en el que sociedades que se dirían cristianas aceptan la legalización del aborto. ¡Y no hay nadie, fuera de la Iglesia y un puñado de hombres de bien, aunque no cristianos, que se atreva a decir que eso es una violación de derechos humanos de una magnitud que sólo la frivolidad es capaz de ignorar!
- La relación sagrada entre el hombre y la mujer, vista en una perspectiva de respeto, de control de la pasión, de hondo sentido religioso, se ve minada por un erotismo ambiente expresado en mil formas, y frecuentemente explotado comercialmente.

Podríamos seguir, pero lo dicho basta. Monstruosos ídolos de soberbia, de avaricia del dinero y de búsqueda de placer a cualquier precio, están reclamando y por desgracia obtienen el culto de muchos hombres y, ¿por qué no decirlo?, de nosotros mismos, en alguna medida al menos.

¿Cómo poner en duda la triste realidad del rechazo de Dios?

Es muy difícil emitir un juicio acerca de hasta qué punto el cristianismo fue realmente el alma de una época. Pero no es aventurado decir que en vastos sectores de lo que llamamos "el mundo occidental", la fe y el actuar cristianos no son ya determinantes, ni se les reconoce como el eje de la existencia social e individual.

¿En qué medida contribuye cada uno de nosotros a este estado de cosas? Pregunta quemante para ser respondida en silencio, y tal vez con lágrimas, en la intimidad con Dios.

El riesgo mortal

Si estamos de acuerdo en que los signos del rechazo a Dios son objetivos y de ningún modo el fruto de una retórica exaltada, no podremos menos de pensar que allí donde se dan estos signos se vive un riesgo de muerte. Eso y no otra cosa fue lo que quiso enseñar Dios a través del episodio

de las víboras del desierto: el rechazo de Dios se vuelve contra el hombre mismo, y el hombre se convierte en artífice de su propia destrucción. ¡Qué claras son las palabras de Jesucristo en el Evangelio de hoy: "Si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados"!

¿Podemos mirar impávidos a un mundo amenazado de muerte por su misma corrupción? Hemos sentido rechazo y repulsión hacia ese sacerdote judío y hacia ese levita que describe Jesús en la parábola del buen samaritano, porque pasaron insensibles al lado del herido. Y, ¿qué hacemos nosotros?

Somos una Universidad Católica. Su catolicidad es todo lo contrario de la imagen de un fanal que protege una belleza inerte. "Católico" significa: "según la totalidad". Y eso significa que para nosotros tiene un sentido vital la frase del filósofo pagano que dijo que "no consideraba ajeno a su interés nada de lo que fuera humano". Este mundo en peligro es como el hombre herido a la vera del camino entre Jericó y Jerusalén: tal vez no puede ni siquiera expresar su malestar; a lo mejor ni se da cuenta que está desangrándose. Allí está, esperando la mano misericordiosa del que puede traerle la vida, del que lo puede salvar. ¡Salvación! ¡Qué palabra formidable! Percibimos su fuerza cuando la ponemos en el contexto de la vida corporal, y entonces sentimos lo que significa decir a alguien: "¡me has salvado!". Pero el mundo está enfermo de espíritu, y por el espíritu deberá recibir salvación.

Ese es nuestro papel. En diversos lugares, en formas variadas, poniendo en juego los dones que cada cual ha recibido de Dios, todos los que formamos esta comunidad cargamos con una responsabilidad de salvación para que el mundo responda al amor de Dios. Y no sólo debemos dar la mano salvadora a quien está cerca; debemos también saber tender humildemente nuestra propia mano para pedir ayuda al hermano, sacerdote o laico, que puede ser para nosotros el vehículo de la salvación de Dios.

Volver la mirada

“El que miraba la serpiente de bronce, quedaba sano”. Nos sorprende este tipo de afirmaciones bíblicas. No olvidemos que detrás de ella se esconde una visión profética, realizada precisamente en la afirmación de Cristo en el Evangelio: “Cuando levantéis al Hijo del Hombre, sabréis que Yo soy”. Otro texto del Antiguo Testamento dice: “Verán al que traspasaron”.

Sí, mis queridos hermanos. Llegamos aquí a la médula del mensaje que Dios nos envía hoy por medio de las Escrituras: Es preciso volver los ojos a Cristo. Hacerlo es rechazar el rechazo. Es dar las espaldas a la oscuridad para volverse a la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

¡Mirar! ¡Con cuanta curiosidad miran los hombres! Quiere ver el sabio a través de un microscopio electrónico. Observa el astrónomo mediante inmensos espejos, de los cuales varios de los más poderosos están en nuestro país. Mira el artista, escrutando la forma, el color y la fuerza de las cosas y de los rostros humanos. Y hay otros modos de ver, no con los ojos corporales, sino con la visión intelectual. Creo que hay una mirada matemática, como hay una mirada clínica. ¡Cuántos esfuerzos pacientes se necesitan para que cada especialista llegue a poder “ver” profundamente y certeramente en su campo! Casi podríamos decir que toda la etapa universitaria es una educación para “ver” en el más amplio sentido de la palabra. Y no se cansa el ojo de ver, ni el oído de escuchar.

Pero no siempre ponemos un esfuerzo comparable para mirar a Cristo. Muchos lo ven superficialmente como un sabio; o como un ejemplo moral; o como un filósofo. Algunos llegan a pensar que es justo considerarlo un profeta que nos trajo palabras de Dios. Muchos piensan que pertenece a la historia, y que su muerte no se diferencia de la de los demás hombres sino en sus rasgos heroicos. ¿Podríamos decir que clavamos la mirada en El, con el ansia del herido del camino, con el amor de un amigo que se siente amado y quiere

devolver amor, con la perseverancia del que sabe descubrir en un objeto simple y noble un tema inagotable de contemplación?

¡Volver la mirada! Sí, volverla sin prisa; volverla humildemente, volverla amorosamente. Es difícil. Sólo tenemos tiempo para lo que pasa y todos somos víctimas de la aceleración. Nos cuesta enormemente ser humildes, y olvidamos que es preciso recibir el Reino de Dios como un niño. Casi nos da vergüenza decir que amamos al Señor Jesús, aunque aceptaríamos decir que lo respetamos, que lo admiramos, o que le estamos agradecidos.

Y, sin embargo, es preciso hacerse tiempo para mirar el rostro de Cristo. Para ir descubriéndolo lentamente en la lectura silenciosa de los Evangelios. Para ir aprendiendo de otros lo que nos pueden comunicar de su experiencia. Es preciso orar. Es necesario dedicar a Cristo un tiempo que no sea sino para El, para decirle palabras pocas y humildes, y sobre todo para escuchar su palabra que sólo se deja oír en el silencio.

Por eso estamos aquí hoy; por eso comenzamos nuestro año celebrando la misma liturgia que Jesús celebró en la última Cena con sus discípulos: porque somos conscientes que El es rechazado, que tal vez nosotros mismos lo hemos rechazado; porque nos damos cuenta que muchos hombres necesitan nuestra ayuda para ser salvados, como nosotros necesitamos la de otros hermanos; porque queremos ir aprendiendo esta ciencia básica y fundamental del cristiano: volver la mirada hacia Cristo, porque no hay salvación en otro que El.

No nos pide Dios que hagamos cálculos de cuántos somos ni qué recursos tenemos. No quiere El que nos desanimemos si somos pocos. Nos advierte que si hacemos nuestro el Evangelio, no faltará quien nos tenga por locos y extrañados: siempre fue así.

Doce fueron los encargados por Jesús de iniciar la predicación del Evangelio, y no eran ni ricos ni de elevada

cultura. Pero por medio de ellos el Evangelio tuvo una enorme extensión. Una, pobre, sencilla y humilde, fue la mujer que llevó en su seno al Hijo de Dios hecho hombre, y nadie ha habido más decisivo en la Iglesia, después de Cristo, que esa mujer cuyo nombre no se puede pronunciar sin amor: María.

Tengamos fe. Pongamos la mirada en Cristo. Ajustemos nuestra vida a la locura del Evangelio, y Dios hará lo demás para nuestra salvación y la del mundo entero.

Amén.

DISCURSO DEL RECTOR DON JORGE SWETT MADGE

Señoras y señores:

Muchos son los que se preguntan en estos días acerca de cuál será el futuro de las universidades chilenas. Creo entender en la formulación que encierra dicha pregunta, un cierto escepticismo acerca del estado actual de ellas y una duda mayor acerca de su próximo desenvolvimiento.

Tengo a estas alturas ya más de 30 meses bajo mi responsabilidad la conducción de esta Universidad y creo tener conocimientos fundados acerca de nuestra realidad como para poder deshacer los temores que algunos están sembrando acerca de nuestro estado actual y, en especial, respecto de nuestro futuro próximo, el que se vislumbra con perspectivas sumamente alentadoras.

Quiero comenzar recordando que el estado inicial de nuestra Universidad en octubre de 1973, con todo lo favorable que aparecía frente al contexto universitario nacional, no era tan idílico como algunos ingenuos, de tiempo en tiempo, nos quieren convencer. Aparte de la politización de los organismos directrices de la Universidad y de algunas Unidades Académicas, a lo cual hemos hecho referencia en otra oportunidad, había también otros síntomas de preocupación que, aunque menos notorios, eran profundamente distorsionadores del desarrollo normal de la Institución.

Tal vez los aspectos más significativos a que valga la pena referirse a modo de ilustración de lo afirmado, sean los siguientes: la existencia de un estado inorgánico de lo académico y de un perturbador desorden administrativo en el manejo de la Institución.

El primero de los aspectos se puede caracterizar con los siguientes puntos concretos:

—La mayoría de los currículos de la Universidad se encuentran sin sancionar;

—Los currículos son modificados en forma permanente sin ningún orden ni control;

—El profesorado crece en cifras considerables y la proporción de alumnos por profesor alcanza a llegar a 7,5 por 1;

—El profesorado adquiere una gran dedicación docente sin tener preparación pedagógica adecuada en numerosos casos;

—Los cursos se multiplican en una proporción mayor al crecimiento del alumnado;

—La ponderación en créditos de los cursos de algunas Unidades no guarda relación alguna con la carga de trabajo que demandan;

—Los tamaños de los cursos se reducen paulatinamente;

—Las tasas de reprobación de los alumnos alcanzan un porcentaje de un 30% lo que es claramente muy elevado;

—La deserción se hace más incontrolable y se transforma en un fenómeno creciente.

Todos estos antecedentes, que son sólo una muestra, son lo suficientemente elocuentes para clarificar el deficiente estado académico en el que se encontraba la Universidad cuando me hice cargo de la Rectoría, ignorados e insospe-

chados por la mayoría de los miembros de la comunidad universitaria, los que se encontraban absorbidos por otras ocupaciones de menor importancia académica.

De aquí se desprende una ausencia considerable en la conducción de la Universidad de un problema capital para ella y una mayor dificultad en el trabajo, tanto de los profesores como de los estudiantes, lo que se traducía en forma evidente en un menor rendimiento.

El otro aspecto a que hacía referencia, el administrativo, por su parte, se puede ilustrar del siguiente modo:

- Crecimiento y no desarrollo del sistema administrativo;
- Inexistencia de presupuesto oficial y ausencia de control en los gastos;
- Carencia de control administrativo;
- Descoordinación y desvinculación de lo administrativo con lo académico;
- Falta de sistemas de perfeccionamiento, adiestramiento y calificación del personal.

También, entonces, un diagnóstico rápido conducía a pensar en una situación administrativa un tanto irracional y no muy eficiente que, por tener una dimensión auxiliar a la tarea académica, terminaba por hacer así más trabajosa la marcha universitaria fundamental.

Nuestra labor ha sido en este tiempo extraordinariamente compleja por la gran variedad de los problemas por abordar y, principalmente, muy delicada, por la profundidad de los mismos. Esto ha sido así, pues una vez corrido el velo que lo ocultaba y que le permitía pasar desapercibida, apareció una realidad angustiosa y paralizante.

En efecto, al tener una situación económica aparentemente resuelta, con recursos cada vez mayores, no importaba pa-

gar más caro por el desorden generalizado. La indolencia también aparece como virtud cuando está bien pagada. Sin embargo, bastó que esas circunstancias artificiales desaparecieran para que se hiciera clarividente nuestro lamentable estado académico y administrativo. Las dificultades económicas que sobrevinieron a partir de 1974, como herencia del régimen anterior, nos abrieron los ojos a nuestro exagerado ritmo de gastos y a nuestro desorden administrativo. Fue entonces cuando lo que ayer no importaba se transformó en una traba que sólo logró congestionar el normal desenvolvimiento de las actividades académicas. Ya no se podía mantener esa inflación de cursos y de créditos, los currículos cambiantes, la contratación indefinida de profesores a que hacía referencia, pues fuera de ser improductivo académicamente, era insostenible desde un punto de vista económico.

Lo que ocurrió a continuación ustedes lo conocen. Vinieron las medidas de reducción tanto a comienzos de 1975 como en los inicios de éste. Se pagó un precio elevado en muchos casos sólo porque antes no se procedió en conformidad a nuestras verdaderas posibilidades.

Pero, sin lugar a dudas, lo más importante ha sido la adopción de medidas de ordenamiento académico y de racionalización administrativa que se han tomado y que ya están permitiendo pensar en un desarrollo razonable de la Universidad a partir de este año. Todos los aspectos que he señalado en mi breve diagnóstico de la situación de la Universidad en los inicios de esta Rectoría, han sido abordados de una manera o de otra. Nada ha quedado olvidado y estamos confiados en que hemos desatado un proceso que, si bien no ha tenido una difusión publicitaria como en otros tiempos se acostumbraba, ha sido profundo porque se ha llegado a la esencia misma del quehacer universitario y de los elementos que lo hacen posible.

Han habido cambios e innovaciones. En los currículos, en los registros de estudiantes, en el bienestar de los alumnos, en la nivelación de créditos. Se ha confeccionado un pre-

supuesto, se establecieron los controles necesarios, se reestructuró la oficina del Personal. Se comenzó un sistema de programación de las actividades académicas que ya está en su segundo año de implementación. Tal vez muchas de estas modificaciones han causado dificultades en sus inicios o quizás han cogido de sorpresa a más de alguno por una deficiente comunicación. Pero con ellas hemos ido delineando un sistema de administración académica y económica que hoy hace posible pensar en el futuro.

Pienso que a más de alguien la combinación de todo estos elementos, sumados a la falta de actividad política, le puede provocar una sensación de inestabilidad. Las dificultades económicas, sin duda, han permitido acentuar esto. Y, con toda certeza, las informaciones que algunos medios se esmeran en propalar y que los rumores están ávidos de transmitir, han terminado por formar un cuadro difícil de la situación universitaria.

Si he hecho historia hoy día, ha sido precisamente por esta razón.

Comprendo las dificultades que los cambios conllevan. Entiendo la resistencia que muchos de éstos pueden provocar. Sin embargo, cuando ellos van animados de una finalidad positiva y constituyen un claro medio para alcanzarla, tenemos que tener coraje para afrontar reciamente el período de transición.

Pero lo que no podemos aceptar así, con tanta liviandad, son las otras causantes de ese cuadro que algunos tratan de delinear. El receso político no tiene ninguna relación con la falta de libertad, ni mucho menos con la falta de libertad de enseñanza propia de las instituciones educacionales. El concepto de libertad no se opone a una restricción o regulación de la misma. Por el contrario, en la libertad está implícita una gran limitación, cual es, la de estar referida sólo al fin trascendente de la persona. El hombre no es libre de hacer con su existencia cualquier cosa. Debe justificarla y eso se hace únicamente en relación

al fin a que éste está encaminado. Por ello es que, guardando las proporciones, cuando se encuentra amenazada la propia posibilidad de alcanzar el fin de una sociedad, que es el Bien Común, el que no es distinto del bien que persigue cada individuo miembro de esa sociedad, entonces algunas restricciones no sólo son legítimas sino que se transforman en necesarias. El receso político en el Chile que sigue a la Unidad Popular es, en esa perspectiva, una exigencia de la propia libertad.

En lo que se refiere a la libertad de enseñanza, el problema es un tanto diferente. Esta es incompatible de suyo con el adoctrinamiento y proselitismo político. No se concibe la educación dirigida hacia un fin político, fuera de los países de mentalidad totalitaria. El nuestro no lo es y esta Universidad, como ustedes lo saben bien, tampoco. No se persigue a nadie por sus ideas, salvo cuando alguien —a consecuencia de ideas justamente contrarias a la libertad— pretende crear conflictos o sembrar semillas llenas de odio y rencor. He señalado en otras oportunidades cómo admitimos la enseñanza de los más variados puntos de vista. Y he precisado, en esas intervenciones, que el único requisito que se exige es el rigor, la objetividad y el apego a la verdad.

A pesar de todo, existen campañas de prensa o rumores dirigidos que van de boca en boca y que intentan sembrar la duda o inculcar el temor. No sé qué obscuras intenciones esconden aunque no es cosa difícil intuirlos.

Me basta para desmentirlas, la gestión de esta Rectoría que ha permitido la existencia de personas y de grupos que la han criticado y que, a pesar de ello, logra concitar el respeto de la inmensa mayoría. Una situación así no es igual en otros países del mundo.

Recientemente, la prensa ha publicado una estadística sobre la condición libertaria mundial y que establece que poco menos del 20% de la población vive en regímenes de libertad, mientras el resto lo hace en sistemas que van desde

el autoritarismo a la más degradante dictadura marxista. Nosotros formamos hasta 1970 parte de esa quinta parte que gozaba de absoluta libertad institucional y, después, tuvimos la oportunidad de conocer muy de cerca el otro extremo, el de la dictadura marxista, la que afortunadamente no fue capaz de establecer aquí su oprobioso régimen.

Esta experiencia chilena nos permite mirar el panorama mundial con cierta angustia, ya que ese 20% en estos momentos se debate en un clima de decadencia y amoralidad que auguran un incierto porvenir. Esa experiencia, que en parte vivimos y que ahora contemplamos con gran preocupación, debe llevarnos a severa meditación, ya que los gérmenes de esa decadencia y amoralidad que mencionaba constituyen el medio con que el materialismo ateo corroe el alma de los pueblos para debilitar su espíritu y su voluntad antes de sojuzgarlos.

He querido hacer esta mención para alertar a quienes, como los estudiantes y académicos, son los blancos que primeramente elige el marxismo para atacar una sociedad sana y bien inspirada, y demoler los principios básicos de nuestra existencia.

Por último, volviendo a nuestro caso, si bien nuestra situación económica ha sido delicada y he debido adoptar medidas dolorosas en lo humano o limitantes para nuestra actividad académica, pienso ya que hemos llegado al final de ese proceso y que ahora iniciamos un período de recuperación. El Supremo Gobierno ha comprendido los esfuerzos que hemos realizado todos al aportar una cuota de sacrificio y hoy puedo anunciar con seguridad que los problemas presupuestarios de este año ya han sido resueltos y que podemos pensar en un porvenir si no de riqueza, al menos holgado y con tranquilidad, ya que dispondremos de los recursos necesarios para proseguir intensamente nuestra tarea universitaria.

Es hora de pensar en nuestro futuro, pero ahora sí con orden, racionalidad, eficiencia, sentido del deber y conciencia de

servicio público. Podemos incluso hablar hoy día de un Plan de Desarrollo, el que ya está formulado y en pleno proceso de discusión, porque ahora sí que lo podremos realizar.

La ciencia y el saber serán nuestro objetivo siempre presente. La enseñanza y la investigación serán los medios que utilizaremos para alcanzarlo. Procuraremos formar alumnos con una sentida visión cristiana, propia de una Universidad Católica que es fiel a su definición y consecuente con su significado.

No quisiera terminar mis palabras sin antes hacer una breve alusión al significado del acto que hoy celebramos. Se trata de la recepción de los nuevos alumnos que ingresaron a la Universidad y que nos acompañan a inaugurar nuestro año académico.

No me quiero referir a los alumnos por obligación y no quiero usar palabras que ya son triviales con tanta repetición. Creo conocer a la juventud de hoy y saber de su fuerza, entusiasmo y vigor. Entiendo también su afán por un mundo mejor y tengo fe en la pureza de sus aspiraciones. Por ello es que pienso que al iniciar ustedes una nueva etapa, tal vez una de las que tiene las mayores repercusiones en la vida, sea importante recordar que el ser humano obra bien no cuando obtiene éxito, ni cuando acumula riquezas o prestigio, sino cuando es capaz de cumplir con su deber. Hay siempre varios caminos por elegir y varias actitudes que representar y generalmente aquellas de mayor atracción o de mayor facilidad no son las que nos conducen en la línea de nuestra perfección. La puerta angosta y difícil, la senda dura y esforzada, en la mayoría de los casos, nos conducen con más rapidez a lograr nuestro bien.

En la Universidad, la diferencia de estilos es patética. Aquellos que han seguido el camino de lo más fácil, han caído en la mediocridad o han terminado en el fracaso. Por simple aplicación de las regulaciones académicas existentes, se está eliminando anualmente de sus aulas a im-

portantes cantidades de alumnos que no han sido capaces de cumplir requerimientos mínimos. Esto, estimados alumnos, no ha sido por falta de talento, eso se los garantizo, ha sido definitivamente por flojera o negligencia en el cumplimiento de sus deberes.

Los hombres tienen la vida que se merecen y las Universidades también. A todos les reitero entonces, que no existen limitaciones a nuestra marcha académica que no provengan de nuestra propia responsabilidad. Que el porvenir, en esta perspectiva, es aquel que somos capaces de hacer nosotros y no el que otros puedan hacer en nuestro beneficio.

¿Cuál es el futuro de las Universidades Chilenas?, preguntaba al comienzo de mi exposición. Ahora les puedo contestar con propiedad. El futuro de nuestras Universidades es aquel que sepamos construir con nuestras manos, con nuestra imaginación, con nuestra inteligencia y con nuestro corazón.

Muchas gracias.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE FEUC SR. MIGUEL ALLAMAND ZABALA

Desde hoy formas parte de la Universidad Católica. Dejas de ser una persona ajena a una gran empresa y pasas a ser parte de un todo, de una unidad que tú libremente has deseado integrar porque más allá de tus anhelos y esperanzas, de tus metas y aspiraciones personales, los universitarios formamos una realidad como grupo.

A tus espaldas queda una larga etapa de tu vida, pero simultáneamente empiezas una nueva. Tus méritos y tu esfuerzo te han colocado en el lugar que hoy ocupas, pero el mañana te exige redoblar tu trabajo y aumentar tu dedicación. Has iniciado definitivamente el camino de tu formación personal, y frente a ti tienes un desafío. Nada está ganado o perdido, todo está aún por hacer, todo está en tus manos. Por último, ya no habrá excusas o descargos válidos porque en definitiva habrás de responder frente a ti mismo.

A la vez eres un privilegiado. No puedes olvidar que eres uno entre muchos, tú mejor que nadie sabes cuántos se han quedado en el camino, cuántos desearían ocupar tu lugar. No escapará a ti la responsabilidad que esto implica. El tránsito por la Universidad no puede transformarte en un egoísta receptor de un conjunto de conocimientos y vivencias ya que el ser universitario alcanza verdaderamente sentido cuando lo adquirido se proyecta y plasma en el compartido propósito de una sociedad mejor. Ser universi-

tario es un compromiso. Un compromiso que hoy contraes, un compromiso que habrás de renovar día a día a medida de que vayas avanzando, un compromiso con Dios, un compromiso con Chile, un compromiso contigo mismo.

Es mucho lo que la Universidad espera de ti; resultas vital en este período que ella ha iniciado. Hoy la Universidad resucita, retorna a un rumbo que antes extravió, intenta recuperar su sitial que nunca debió perder. Ha sufrido los embates más violentos y disímiles, no han faltado quienes han pretendido servirse de ella, instrumentalizarla en provecho de mezquinas facciones, tampoco han escaseado los que han buscado desvirtuar sus propósitos centrales. Pero la rectificación —como todas— resulta difícil, y para hacerla expedita el concurso de quienes hoy forman la Universidad resulta fundamental.

La Universidad dejará en ti, como ha ido dejando en nosotros, huellas imborrables. Ella nos ha ido enseñando el valor del esfuerzo en común, de la fuerza del saber, nos ha mostrado los frutos del estudio constante y silencioso, que muchas veces consideramos inútil y que tú terminarás por conocer muy bien. Y quizás, por sobre todo, nos ha enseñado a compartir, a darnos desinteresadamente, en fin, a servir. Nos ha dado también algo invaluable, de contenido inmaterial y por lo mismo más profundo, la verdadera amistad, con la que un día como hoy otros nos recibieran y que esta mañana queremos con Uds. compartir.

Finalmente, como universitarios, como jóvenes, nos resulta imposible sustraernos a la disyuntiva central que nos plantea el futuro. O somos la última generación de un mundo viejo y agotado por el peso abrumador de sus imperfecciones o somos la primera generación de un mundo y un Chile nuevo, que la historia nos llama a construir.

Para ello, tienes una Patria, tienes a Dios y ahora esta Universidad.

Muchas gracias.

CLASE MAGISTRAL DEL PROFESOR DON JUAN DE DIOS VIAL CORREA

1. Bienvenida a los nuevos alumnos

Al hacerme el honroso encargo de inaugurar el año académico 1976, el señor Rector de la Universidad me pidió especialmente que me dirigiera a los nuevos alumnos. A ellos están entonces destinadas mis palabras de modo muy particular, y les pido que las reciban como la expresión de la más cordial bienvenida.

Hacemos esta fiesta para celebrar su ingreso. Las fiestas —desde un cumpleaños hasta una festividad religiosa— les sirven a los hombres para cortar el decurso de los días, para interrumpir por un momento su paso apresurado e irreflexivo, y retomar conciencia del sentido de sus propios actos.

¿Por qué han llegado ustedes aquí? Es cierto que cada uno será un caso distinto. Pero para todos hay una cosa en común, algo muy humilde y sencillo: fueron llamados, de entre todos los que podían o querían entrar, fueron ustedes y no otros los que recibieron el llamado. Y eso es lo que se llama una vocación. Porque la palabra vocación significa justamente eso: llamado. No es un término místico, ni menos sentimental. En la antigüedad cristiana, el obispo llamaba, de entre aquellos que eran aptos y estaban deseosos, a algunos para hacerlos sacerdotes y que lo ayudaran en su ministerio. Ese llamado era la vocación. Análogamente, de toda la muchedumbre de los que podían y querían, la Universidad los

llamó a ustedes. Esa es su vocación. Ustedes la esperaron, dieron libremente los pasos para ponerse en situación de recibir el llamado, y cuando lo recibieron acudieron a él. En ese momento la vocación aceptada, configura un destino, el destino de cada uno de ustedes.

No crean que estoy poniendo las cosas demasiado en serio. Yo sé muy bien que cualquiera de ustedes puede cambiar muchas veces de escuela o de carrera, y hasta desistir de seguir ninguna. Todo eso es perfectamente legítimo. Pero no se dejen engañar. Ante cada uno de ustedes hay muchos senderos, pero una sola vida; y todos los pasos que en ella den, así sean los más vacilantes y perdidos, son pasos definitivos que irán construyendo en forma irrevocable su único camino. Del paso que nos toque dar mañana, no sabemos nada, no sabemos siquiera si estaremos allí para darlo. Los pasos de ayer son del pasado: nada de lo que hiciéramos ahora podría ya modificarlos, no nos pertenecen. Es de este paso de hoy del que debemos ocuparnos, del presente, el cual, sí, nos pertenece.

2. Trascendencia de la ciencia

La condición universitaria que hoy abrazan, significa un estilo de vida peculiar, un modo de ser especial que no es superior a otros, pero que es distinto, y quisiera ahora describir algunos de sus rasgos. Por cualquier lado que uno empiece una explicación así, ha de llegar a los mismos puntos esenciales, y, por eso, voy a empezar por el lado que para mí es el más familiar y el más querido, el lado de la Ciencia.

¿Qué significa la Ciencia para el profesional universitario? Es muy sencillo: la Ciencia es la primera condición para que su acción sea eficaz. Un médico es capaz de preservar o restaurar la salud de otros hombres precisamente por eso, porque sus sistemas de diagnóstico y de tratamiento se hallan metódicamente fundamentados en un cuerpo organizado de saber, y no responden a formas de experiencia primitiva, de intuición ni de magia. Lo mismo acontece con muchas otras

profesiones, y si ustedes examinan la historia de las universidades en los últimos ciento cincuenta años, asistirán a un fenómeno muy significativo. Algunas actividades que eran antaño simplemente oficios, como ser el de cirujano, constructor, etc., se han ido introduciendo en la Universidad, justamente porque ésta era el lugar de la Ciencia y en la medida del progreso de ésta, se iba viendo que la eficacia de la profesión dependía de su arraigo en ella. Y así la Universidad Clásica que sólo graduaba en Teología, Filosofía, Derecho y Medicina, ha dado paso a la actual en la que ingenieros, pedagogos, sicólogos, para no mencionar sino a unos pocos, buscan en la ciencia el principio eficaz para su acción profesional.

Ahora bien, ¿en qué consiste o qué significa esa eficacia? La Ciencia permite predecir el comportamiento de los fenómenos naturales, basándose en un ordenamiento racional de ellos. Gracias a esta capacidad predictiva es que se puede entrar a alterar el curso de los fenómenos en direcciones determinadas por el hombre. Los resultados que se obtienen en estas acciones, permiten a su vez enmendar y perfeccionar el sistema teórico del que partieron, y plantear, a a partir de él, nuevas formas de interrogación de la realidad.

Este es el estilo universal de la Ciencia y la raíz de su prodigioso poder. La tecnología no es otra cosa que la fundamentación de las técnicas en la Ciencia. Y entre la técnica primitiva y la moderna existe este mundo de diferencia, que la nuestra se enraíza en una comprensión racional de la realidad. Y ese mismo estilo, si bien se analiza, es el propio del profesional universitario moderno.

El edificio gigantesco de la Ciencia tiene sus cimientos en la fe, en la estructura racional de la realidad circundante, y en la confianza consiguiente en el método experimental como criterio de verdad. Es la aplicación moderna del viejo hallazgo de que las leyes del pensar son las leyes del ser, y por eso mismo ella proporciona el único marco posible para una acción profesional eficaz.

Pero por lo mismo que la Ciencia es tan eficaz, ella ha logrado fabricar un mundo nuevo para el hombre. Cosas que ayer parecían increíbles, son hoy día una realidad cotidiana, y nos tienen que llamar la atención sobre ellas para que nos demos cuenta. Se han erradicado enfermedades que eran la angustia y el terror de la humanidad; se ha aumentado nuestro promedio de años de vida; sabemos en una fracción de segundo lo que pasa en las antípodas del globo, y que antes demoraba meses o años en llegar a nosotros; se manipula científicamente por la propaganda el comportamiento de sociedades enteras; y el conocimiento científico de la mente humana permite alterar metódicamente nuestras formas de conducta. Hoy día hay un clamor de alarma ante el desarrollo invasor de este poder impersonal; y se escucha un llamado para volver a condiciones más "naturales" de vida. Pero la paradoja es que hasta para preservar el medio ambiente "natural" estamos necesitando recurrir a la ciencia y la técnica: y cuando, por ejemplo, pasamos por una región industrial, y nos encontramos sorprendidos por una quieta laguna, bordeada de vegetación y que parece un remanso del edén perdido, debemos acordarnos del prodigioso esfuerzo de ingeniería sanitaria, técnicas de conservación ecológica, etc., que es necesario para preservar esa dulce realidad. Hasta nuestra naturaleza está pasando a ser un don de la técnica, y la técnica es la Ciencia en acción.

Pero hay más que eso. Por lo mismo que la ciencia hace al mundo contemporáneo, este no puede entenderse sin ella. La Ciencia es una especie de lenguaje universal, que permite leer el mundo contemporáneo. Es cierto que cada uno puede conocer sólo un pedacito, a veces muy pequeño, de la Ciencia; pero todo profesional universitario debe estar familiarizado con la actitud, el método, la línea general de la ciencia moderna en torno a su actividad profesional fundamental. Y el conjunto de un país ese sí que tiene la obligación de tratar de abarcar al máximo el lenguaje de la Ciencia. Si no lo hace, ese país no entiende el medio en el que habita: es simplemente analfabeto, y corre la suerte de los analfabetos en la gran ciudad: lo engañan, lo estafan, lo oprimen, lo desprecian.

Para conocer un lenguaje hay que practicarlo. Y la práctica en este caso, no es sólo la aplicación, por original que ella sea, que hacen los profesionales. Se requiere de la investigación científica que procura nuevos conocimientos, y que es la que vivifica la ciencia y la tecnología de un país, la que levanta sus niveles profesionales, la que ayuda a que el país no caiga en el aislamiento de los analfabetos. En este laberinto tecnológico de la cultura moderna, los investigadores son como los ojos de la nación.

3. El deseo de aprender

Y aquí, con el ánimo un poco entristecido, tengo que dar una opinión bien franca. En Chile, la Ciencia no prende. Todo el mundo se ha dado cuenta de lo importante que es la Ciencia. Se hacen muchos discursos, como este que están oyendo ustedes. Se reúnen comisiones y congresos, se reestructuran instituciones, nos agitamos en busca del talismán que nos va a procurar ese bien maravilloso de la Ciencia y —máxima aspiración— nos va a convertir en un país “desarrollado”. Y cuando todo falla otra vez, le echamos la culpa a la falta de medios, a la pobreza, hasta a las vicisitudes políticas, como si las grandes épocas de la Ciencia universal hubieran estado libres de esas dificultades.

No es cosa de magias ni de talismanes. No vamos a tener Ciencia sólo porque nos demos cuenta de que ella es útil. La Ciencia es una actividad del espíritu humano, y responde al anhelo misterioso del hombre por saber; al irresistible atractivo que tiene para él, el proyectar una luz unificadora sobre la realidad. Donde no hay ese anhelo, no hay Ciencia.

Tenemos que entender y amar esta raíz vital de la Ciencia, esta determinación de la existencia humana que la impulsa a buscar, con método, sin descanso; que lleva al hombre a olvidarse de sí mismo y abandonarse en la búsqueda; que no puede renunciar al humilde placer de entender las cosas chicas; a la minucia absorta de un oficio; a la perfección amorosa de una tarea al parecer inútil, que es consumida en una palabra por una sed insaciable de **aprender**.

La Ciencia no es del sabio. La Ciencia es del que aprende. No se fijen nunca en cuanto sabe un profesor. De todos modos va a saber más que ustedes, y eso no es gracia, porque es más viejo. Fíjense en lo que aprende y en la pasión con que lo aprende, que si es mayor que la de ustedes, entonces serán ustedes más viejos que él.

Esa es la luz que irradia la Ciencia en una Universidad. Porque la Universidad es el sitio, no de los que quieren enseñar, sino de los que quieren aprender. Es por eso que la investigación científica es esencial a la Universidad. Porque la investigación no es más que esto, procurar aprender lo que nunca nadie aprendió antes. He ahí la raíz de la íntima alegría que procura el gozo inefable de traer a luz las cosas escondidas, de aclarar el horizonte brumoso y deseado. El que no anhela aprender no tiene nada que hacer en una Universidad. Yo por lo menos, no conozco para mí otra justificación para ejercer la enseñanza fuera de ésta. Y aún hoy día, si me atrevo como profesor a hablarles a ustedes de su destino de universitarios, ello es primordialmente porque no he perdido ni el deseo ni el entusiasmo ni la ilusión de aprender.

Y ahí encontramos el principio común a las profesiones que se nutren de las ciencias naturales y a todas las demás. Porque el profundo impulso de toda acción universitaria legítima se halla en esta sed de aprender.

Cuando me preguntan entonces cuál es el tipo de profesional que debe formar una Universidad, yo contesto que, en primer lugar, ha de ser uno que tenga el hábito inextirpable de estudiar. Cuando un hombre deja de estudiar, pierde el derecho a llamarse profesional universitario. Esto es un deber social. La función social del profesional universitario, le exige que mantenga su nivel de capacidad a la altura de los tiempos. El profesional que no estudia con ahínco su propia actividad, no me convencerá jamás de que está cumpliendo deber social alguno, si traiciona éste que es el propicio de su estado.

Entonces yo quisiera dirigirme a la conciencia de cada uno de ustedes, y preguntarles, no con palabras mías, sino con la quemante interrogación de Federico Nietzsche: ¿Ansía tu alma el saber como el león en el desierto su alimento?

Esto marca para ustedes un programa de largo trabajo. Porque el deseo de aprender no se nos da como algo independiente de nuestro esfuerzo. El se desarrolla en el trabajo intelectual dedicado y pertinaz. No se da en la flojedad sensual ni en la frivolidad de la distracción. Hay que pasar por mucho tedio, por mucho aburrimiento; hay que esforzarse por mucho tiempo para que llegue a hacerse parte de la propia vida la fruición de aprender.

4. Amor a la verdad: tradición de la Universidad

Esto no lo puede lograr el que no cuenta con una fuerza moral que lo sostenga. La virtud, la fuerza moral que levanta el espíritu y lo sostiene en esta oscura, callada y ardiente tensión, es el amor a la verdad.

Esto del amor a la verdad parece una frase hueca. ¿Qué puede significar? ¿Cómo se puede amar a una cosa tan abstracta, a la que nadie ha visto, que no tiene ni cuerpo ni rostro ni sonrisa?

Sin embargo lo que digo tiene un significado bien preciso y concreto. Ama el que prefiere. Amar la verdad es preferirla.

No ama la verdad el que prefiere su comodidad y su flojera al esfuerzo de buscarla; el que se contenta con explicaciones fáciles para salir del paso; el que prefiere dormirse en la rutina antes que ensayar caminos nuevos.

No ama la verdad el que subordina su juicio personal al juicio de un grupo o de un partido; el que desdeña la opinión de los que saben; el que desconfía del disidente y lo silencia.

Ama la verdad el que frente a cada nueva ocasión, a cada problema, a cada coyuntura, se preocupa ante todo de buscarla, y pospone a ello su interés o su prejuicio.

En ese esfuerzo reiterado de preferir cada vez de nuevo a la verdad, se va creando una segunda naturaleza. El que se imponga esa tarea, se irá enamorando cada vez más del mundo nuevo que descubre, e irá aprendiendo al ejercitarse en ella, que también en este contexto restringido se cumple la palabra del señor de que la verdad nos hace libres.

Partiendo de una mirada al valor de la Ciencia. Hemos llegado al amor a la verdad, y en esta virtud, a la base moral de toda verdadera Universidad. Las universidades no están hechas primordialmente de aparatos costosos, grandes edificios, u organizaciones complejas, por más que todo esto pueda ser importante. Las universidades están construidas con hombres, que son entes morales; y todos los miembros de la Universidad, directivos, docentes, alumnos, funcionarios deben estar penetrados del espíritu al que me he venido refiriendo y ponerse a su servicio.

Por lo tanto al hablarles de estas cosas, los estoy invitando a sumarse a una gran empresa moral. Les estoy explicando el sentido que le hemos querido dar a la Universidad, y pidiéndoles a ustedes que ahonden en él. Ese sentido no lo inventamos nosotros. Nosotros también lo recibimos como un encargo sagrado, y les estamos haciendo a ustedes ese mismo encargo. Estas cosas que se reciben y se dan entre generaciones, con la palabra y el ejemplo, y que no están escritas en códigos ni en reglamentos, ni en los libros de historia, son lo que se llama una **tradición**. Tradición viene del latín **tradere**, entregar. No tiene nada que ver con cosas exóticas o añejas. Es el encargo vital que se hacen los hombres, de generación en generación, en virtud de su propia naturaleza de entes sociales.

Esta Universidad tiene su tradición, tiene su estilo. No es que no tengamos defectos: tenemos muchos, y en corto tiempo ustedes los conocerán todos, y nos atribuirán unos cuantos más. Pero hemos querido hacer una Universidad donde se ame y se respete la verdad y la justicia; donde se exija el estudio y se exalte el trabajo; donde se respete al hombre y a sus ideas, aunque difieran de las nuestras, donde se

formen profesionales que quieran aprender, saber y servir. No digo que lo hayamos hecho siempre bien. Son tiempos muy difíciles en los que el juicio sobre los acontecimientos y los hombres se hace incierto. Pero hemos tratado, Dios es testigo.

Por eso, porque tengo la honesta certidumbre de que en esta Universidad, pese a todas nuestras flaquezas hemos sido fieles, es que me atrevo a llamarlos a ustedes hoy día a recibir el encargo que a nosotros nos hicieron nuestros predecesores. Yo creo que habla bien de esta Universidad, bien de sus directivos de hoy y bien de los de ayer, el que pueda ocurrir esto que un hombre libre y sin compromisos pueda sentir un gran orgullo de hablar en su nombre. Ojalá que en todas las universidades pudiera acontecer otro tanto.

Con esa tradición, pasa lo que con toda herencia verdadera, que hay que conquistarla para hacerla propia. En los últimos diez años esta lucha ha sido particularmente dura, porque ella no se ha dado sólo en el interior del mismo trabajo universitario, sino que en un combate abierto, y a menudo esterilizador, destinado a evitar que se perdiera el sentido de universidad del que les hablo. Han existido y existen esfuerzos reiterados para negar ese sentido y sustituirlo por concepciones falaces que llevan sin remedio a reemplazar el amor a la verdad por el apetito de dominio y a instrumentalizar así políticamente a la Universidad. Esta anti universidad se presenta siempre bajo el atrayente pretexto de reformar o purificar a la institución universitaria. A veces ella pregona una especie de comunitarismo igualitario y demagógico que no es más que el egoísmo de las multitudes. Otras veces se disimula bajo el dominio de pequeños grupos, pero siempre, y eso es su rasgo distintivo, ella desprecia las jerarquías naturales del saber; desdeña la opinión de los que entienden y envuelta en su prepotencia y fatuidad desprecia lo que ignora. Y por desgracia, aquello que ignora más radicalmente, es la tradición y el sentido de la obra de los demás, porque como nunca ha creado nada, piensa que no tiene trascendencia el destruir lo que otros, laboriosamente, han construido.

En esta lucha ingrata, que nos ha robado tanto tiempo, hemos recibido muchos ataques, algunos de los cuales me gusta evocar, porque proyectan una luz muy auténtica sobre lo que hemos querido hacer. Así por ejemplo, en una ocasión, alguien se molestó por la expresión de nuestra patriótica inquietud y la comparó con el ladrido de los perros detrás de los caballos. Como ocurre a veces con las palabras livianas, éstas encerraban buena dosis de verdad. A mí me gustan los perros, me gustan su fidelidad y su braveza. Desde siempre los hombres los han apostado junto al redil de las ovejas porque en la noche peligrosa cuando ronda el enemigo, cuando duermen los pastores y se descuidan los guardianes, es bueno que se sepa que vigilan los perros del rebaño.

5. Los universitarios no pedimos privilegios

Tal vez cumpliendo ese destino, quiero hacer un muy breve paréntesis para referirme a la honda preocupación que prevalece hoy día sobre la suerte de las universidades chilenas, porque si bien hay bastantes sitios en los que, con las limitaciones materiales del momento, se vive una vida normal, y aun provechosa, hay partes significativas del sistema universitario cuya situación nos inspira gran ansiedad.

La lectura de recientes documentos me sugiere que existe un profundo malentendido frente a la postura de muchos universitarios. Quiero con mis palabras ayudar a disiparlo.

Para ello, quiero hacer una afirmación fundamental, y desarrollarla luego en dos breves explicaciones.

La afirmación básica que quiero hacer es que los universitarios no pedimos ninguna clase de privilegios.

Explico esta afirmación diciendo en primer lugar que no pedimos para las universidades un régimen de libertades públicas distinto del que deba regir en el país. En particular, no creo que cualquier doctrina, por aberrante que ella sea, haya de tener derecho a propalarse, y me sentiría avergonzado de estar eximido de las restricciones que deben sufrir

todos los ciudadanos del país por razón de la emergencia que vivimos.

Lo que nos interesa en este aspecto es otra cosa.

Nos interesa que esas altas exigencias de bien público no sean usadas por nadie para justificar o cubrir políticas erradas. Nos interesa que se respete la dignidad de las personas y la jerarquía de los oficios para todos aquellos que trabajan en las universidades chilenas, y que no se hostilice a nadie por su ideas, ni menos aun, que tomando pretexto de ellas pueda nadie entrar a satisfacer venganzas personales. Es indispensable que se impongan en la admisión, selección, ingreso y remoción de personas en cualquier categoría, las normas de justicia severa y pareja que corresponden a estas acciones que son las más importantes de la administración universitaria.

El no pedir privilegios, significa en segundo lugar, que no nos sustraemos a nuestra cuota de sacrificios en los empeños para reorganizar administrativa y económicamente al país, y para sacarlo de la postración en la que largos errores lo han dejado. Sabemos que hay cambios que introducir en muchas universidades y, lejos de ser obstáculo, los universitarios estamos interesados en colaborar en estos cambios por dolorosos que ellos puedan ser en algunos casos. Pero creemos que ellos deben ser introducidos por las personas que entienden de la materia y que lo demuestran efectivamente por su trabajo universitario. De otro modo se corre grave riesgo de que, por error, imprudencia o envidia, se destruyan las actividades más preciosas, las que ha costado más trabajo establecer, y las que es casi imposible reponer. Asistimos con verdadero miedo a la disolución de grupos de investigación importantes y respetables, motivada por decisiones administrativas mal pensadas.

Las cosas que pido son sencillas. Equivalen a hacer regir en las universidades aquella concepción fundamental de la República Portaliana de interesar y comprometer en la cosa pública a los ciudadanos pacíficos y laboriosos, que son por

su propia naturaleza los más interesados en la tranquilidad, prosperidad y progreso de cualquier institución en que trabajen. La vigencia de estas cosas que planteo, significaría que los universitarios competentes y honestos se sentirían en todas partes protegidos y estimulados. Sin la incorporación y colaboración de esas personas no habrá en ningún sitio sino una caricatura de universidad.

6. Una visión optimista

Quiero terminar retomando por unos minutos el hilo de mi exposición. Cuando se habla de amor a la verdad y la justicia, surge fácilmente un movimiento de duda sobre la sinceridad de estas palabras. Porque en la vida pública y privada estamos demasiado acostumbrados a los brillantes espectáculos que se arman por el engaño para esconder las peores cosas. Estas mentiras sociales inducen a los hombres, especialmente a los más jóvenes —a dudar de todo lo que parece ser un anhelo levantado, y a pensar que cuanto se diga sobre amor a la verdad, es sólo una manera consciente o inconsciente de ocultar turbios impulsos y posiciones.

(Terrible responsabilidad esta del hipócrita que usurpa palabras que no le pertenecen, y que al hacerlo, confunde el juicio de los demás. Cosa esta que deben siempre recordar los educadores, o aquellos de ustedes que quieran serlo.)

La tentación de aquella duda es tanto más peligrosa cuanto que no deja de ser atrayente el pensar mal del hombre y despreciarlo. Al hacerlo se adquiere una justificación para dejarse llevar por las propias tendencias y apetitos. Porque si toda nuestra presunta nobleza es como nada, ¿qué importa lo que hagamos? Comamos y bebamos que mañana moriremos. Así nace el espectáculo desolador de esa juventud frívola y sensual, amante del dinero y de los goces que con él se compran, incapaz de la vigilia y la tensión de los largos esfuerzos.

El mayor peligro de esta especie de escepticismo práctico radica en que él se combina muy bien con algunas tendencias básicas de la cultura moderna. La juventud que lo prac-

tica es trágica y verdaderamente de este siglo. Su desdén práctico por el hombre tiene una base teórica.

Porque no ha habido un siglo en la historia de la humanidad en el que se haya pensado tan bajo del hombre, en el que se lo haya despreciado tan sistemáticamente como en éste. Las ideologías más difundidas parten de una visión profundamente deprimida de la naturaleza humana. Los materialismos de cualquiera especie, por su propia exigencia interna, ven en el hombre un objeto a elaborar, moldear, modificar. La mente humana aparece reducida al juego de los instintos y enteramente sujeta a la necesidad material. La mayor parte de los análisis que se hacen de la cultura y de las obras del espíritu, tienden a desdibujar y desvanecer el núcleo de la persona humana, reducida a una forma de nudo o entrecruzamiento de leyes y estructuras generales.

Esto contribuye a cerrar un círculo siniestro. Porque mientras más bajo piensa el hombre de sí mismo, tanto más viles son las acciones que se considera justificado para cometer.

Así se entiende como, en lo que va de este siglo iluminado por el brillo de tantos progresos, hayan muerto centenares de millones de hombres asesinados con la más despiadada crueldad. Así se entiende como han prevalecido tiranías atroces sobre continentes enteros y que hayan florecido tantos estados policiales. Así se entiende el manejo amoral de las muchedumbres por medio de una propaganda pervertida y sutil que las obliga a aceptar y vivir valores inhumanos.

Hace mucho tiempo que hubo un autor que dijo que el hombre es un lobo para el hombre. Pero a veces pienso que ojalá fuera así, que esa frase nos llega de un tiempo más humano que el nuestro, porque hoy el hombre es sólo un objeto para el hombre, un objeto para gozarlo y para usarlo, y según sea su arbitrio, para conservarlo o destruirlo.

Esa es una realidad de nuestro tiempo y no sería yo el que cargara toda la culpa a los más jóvenes porque no muestran muchas esperanzas, cuando la palabra y el ejemplo univer-

sales les dicen que los hombres —que ellos mismos— son poco más que una cosa. ¿De dónde van a sacar fe en el destino de su propia obra?

Pero esa concepción pesimista descansa sobre un error trascendental, y al llamarlos a un amor exigente de la verdad como fundamento de sus vidas profesionales, yo no me siento de ninguna manera haciendo una arenga vacía y palabrera. Porque no es verdad que nuestra condición sea así, deprimida y miserable.

Yo he creído al anuncio del evangelio, a la sobrecogedora y alegre noticia de que Dios ha querido habitar en nosotros, y que cuando nuestro espíritu vigila deseándolo, cada uno de nuestros actos, así sea el más humilde y perdido, comparte la fuerza y el sentido del acto creador que llamó al mundo de la nada y lo encamina a su perfección final. Haber sido redimidos significa justamente eso, que compartimos la vida de Dios, que nuestros actos son actos de hijos, no de hijos de un universo impersonal, sino de hijos del amor que lo creó.

Este mensaje incorpora todos los éxitos y todos los fracasos. Más bien él niega en su raíz la distinción entre éxito y fracaso: quien cree en él no necesita de una confirmación accidental y accesoria como ésa. A él le basta la certidumbre gozosa de la santa presencia, y sabe que sus pasos aparentemente perdidos, así como sus empresas exitosas, cuando son tiempos gastados en los caminos del amor de Dios, son parte de la obra de la creación, y están libres de la muerte, rescatados para siempre, porque Cristo resucitó de entre los muertos.

No podemos entonces pasar por el mundo a la deriva, ignorantes u olvidados del tesoro que llevamos en nuestros pobres vasos de barro. Nuestros pecados y flaquezas no pueden hacernos olvidar la plenitud que es nuestro llamado desde hoy día. Podemos amar la verdad y la justicia: aunque seamos infieles muchas veces, podemos y debemos hacerlo. Es el mensaje de alegría y esperanza que en medio

de tantas angustias y perplejidades, le debemos a nuestros hermanos que no creen en Cristo: no somos objeto los unos para los otros; no fuimos llamados a eso. No es cosa para algún mañana nebuloso: es que ahora estamos llamados a la espléndida libertad de los hijos.

Hay una diferencia entre este mensaje y los mensajes del mundo, el cual frente a nuestros problemas se contenta con ofrecernos alguna especie de futuro venturoso. Pero es que ofrece lo que no tiene. Porque ningún hombre, así sea el más poderoso gobernante es dueño del futuro; ni el más sabio de los filósofos puede descorrer una esquina siquiera del velo que lo cubre. No necesita en cambio de eso, el que tiene el tesoro del presente. El sabe por cierto que un día, en una hora que Dios se reserva, se harán patentes las cosas escondidas. Entonces brillará su luz como la aurora, pero no será una luz distinta de la que desde hoy ilumina y enamora su voluntad y su deseo. Para él tiene plena vigencia la palabra del apóstol, y no recurre a un día imaginario, el que conoce la plenitud de éste que vive, y sabe que este es el día de la salvación.

Es por eso que puedo decirles que es bueno vivir y es bueno buscar las grandes cosas. No las grandes por referencia a fatuidades, sino al designio de Dios que está impreso en nosotros. Lejos de ser miserables nuestros grandes anhelos, hasta nuestras cosas más pequeñas son grandes. Y por eso es que valen la pena el sacrificio oscuro, el abandono y el trabajo por amor a la verdad; y no importan nuestras flaquezas, vanidades y miserias al lado de esta obra común a la que hoy llegan; así como en mi propia conciencia cede en esta hora el recuerdo de todas mis debilidades y mis fallas para dar paso a la alegría con que los recibo como mis compañeros, mis amigos, mis hermanos en esta dura y hermosa tarea.